



# Del valor de uso al efecto simbólico

José Rivero

La serie de objetos que van a aparecer agrupados bajo el cobijo de una supuesta o discutible identidad regional presentan un perfil nítido para el recuerdo más que una potencial proyección hacia el futuro. La pretensión de indagar en la población de objetos y sucesos que en el pasado han definido un perfil singular y reconocible de la cultura material, no es tanto la de idealizar el alma de un colectivo genérico, cuanto la tentativa para reconocer e interrogar la permanencia de algunas imágenes, su valor instrumental en los inicios y su valor simbólico en las postrimerías del siglo en que vivimos.

El empeño carece, por ello, de estirpe patriótica o de celo regional inflado. Y ésta habría sido una de las posibilidades del recorrido propuesto: si para algunos la barretina resume las virtudes de un pueblo en su definición nacional, para otros la esencia de la sombra de Don Quijote es la prueba incuestionable de la autonomía política de la Comunidad. El alma política de tal aserto aparecería orlada de una infinidad de objetos —como en un ajuar o en una dote— que junto a la esencia citada, representan la apariencia de las vidas por estos lares. Pero ocurre que el conflicto planteado es doble. ¿Cómo asumir piezas y repertorios de objetos que vienen del pasado como argumentos de estrategias que se quieren del futuro?, ¿cómo aceptar el valor simbólico y metafórico de modestas creaciones que tienen un indudable valor de uso?

De la misma forma, el empeño carece de estirpe nostálgica. Para muchos militantes de esta cofradía, este ejercicio de recreación y de rememoración de usos y costumbres no dejaría de ser una prueba palpable de la perversión y de la perversidad del progreso, que nos ha despojado de objetos sentimentales y de afectos materiales. Hay una nostalgia que disfrazaba el pasado y lo idealiza, ante la sordera de un presente abstracto y anónimo que antepone la producción en serie al trabajo detallado de un artesano y desde este reconocimiento pretende, en un rápido ajuste de cuentas, embarcarnos en un viaje sin retorno a ese pasado idealizado y evidentemente manipulado.

El empeño fundamental que *Añil* quiere promover con esta serie es el de conocer el pasado desde los objetos que lo han ido jalonando, pese a la evidente estilización a la que asistimos. No hay ninguna duda de la transformación que muchas de las imágenes propuestas en la serie han experimentado, pasando de ser simples utensilios cotidianos a objetos recodificados en su función representativa. Esta transformación merece y exige otros análisis diferentes y más precisos a los que aquí adoptamos referidos al valor de una imagen y a su capacidad de reconocimiento.

Es esta capacidad de reconocimiento de otras imágenes la prueba argumental de Juli Capella y Quim Larrea cuando elaboran sus "Señas de hispanidad". La capacidad de reconocimiento de las imágenes —las suyas y las nuestras— es una pro-

yección hacia el pasado en la medida en que se formula una memoria colectiva desde objetos inolvidables. Y es que estos objetos inolvidables —desde la peineta al Tío Pepe— son totalmente genuinos y reveladores de soluciones aportadas a diversos problemas: envasar un anís, cubrir la cabeza de un instituto armado o lidiar a un toro bravo.

Las imágenes nuestras tienen unas hondas y claras implicaciones rurales, como no podía ser de otra forma porque el pasado de esta Comunidad —con la excepción de Toledo ciudad— es un pasado rural y campesino, escasamente urbanizado y parcamente industrializado. Con este caudal de artilugios agrarios y labriegos se corre el riesgo del tipismo, que tanto gusta en las recreaciones sentimentales del pasado.

Pese a ello, habría que optar por la radicalidad de la lectura —esto es, no irse por las ramas y tomar el rábano por las hojas—, para evitar que la suma de objeto tópico y lectura tónica no compongan una estampa costumbrista afamada e indudablemente zarzuelera, de fondo aterciopelado de "La rosa del azafrán". Distinto interés tendrá la pregunta que alguien formule al sentirse abatido con tanta ensoñación del pasado y tanta carencia del presente.

¿Cómo salir de éste círculo vicioso que componen las imágenes de gachas y galianos?, ¿qué relación es posible sostener entre una navaja de El Bonillo y los cuchillos de salvamento de venta en el "Coronel Tapioca"?, más aún ¿cómo se navega en Internet y se reconoce la silueta de un trillo aristado por lajas de pedernal? O, dicho de otra manera, ¿es posible seguir apuntando repertorios genuinos y locales en la era de la comunicación total?

Parte de esas dudas son las que nos recorren al observar la secuencia de imágenes seleccionadas. ¿Hablan, pero de qué hablan?, ¿es inteligible hoy su discurso, más allá de la estilización con que miramos el pasado?, y si es inteligible ese discurso de las imágenes y de los objetos, ¿qué conclusión podemos extraer? Buena parte de estos objetos deberían asentarse en una colección etnográfica o en un museo de artes y costumbres populares, porque formulan una visión del pasado y de los instrumentos materiales de ese pasado. Son herramientas necesarias para acceder a la comprensión de ese tiempo, al mismo tiempo que son un reguero vertido —y a veces perdido— de ese mismo tiempo; pero a la vez son una evidencia de la superación del pasado que tales objetos llevan inscritos. Superación conceptual y superación tecnológica que arrastran en su seno el veneno del olvido.

¿Para qué sirve hoy una hoz, cuando las recolecciones se han mecanizado?, ¿qué representa un chozo de paja o una quintería de tapia, junto a la misma provisionalidad de habitáculos del moderno *camping*? y qué verifican las viandas de pastor o de cabrero en la época de la comida rápida?

¿No es todo ello, y el contraste consiguiente, un abandono, una deserción de ese pasado rural y limitado? Si las señas de identidad esgrimidas se sustentan en la debilidad de una memoria y en un pasado abandonado, habría que admitir que la identidad rastreada o esgrimida es escasa por muy nítidas que se presenten las señas.

## 1. Navaja de Albacete



Sin tener acerías históricas— como otras tradicionales cuchillerías— ni el pasado nobiliario de Wilkinson —que fabricó primero armaduras y espadas—, la

navaja de Albacete se resume en un minúsculo artefacto dosis de sabiduría. Un cuchillo plegable o desplegable con resorte de seguridad es un invento de implicaciones militares primero y excursionistas después. Entre la Croix Blanche y Opinel se produce el trayecto de la navaja moderna. Esta de Albacete, desplegable con un chasquido, permite llevar en el bolsillo un útil para comer, para cortar las matas crecidas o para desollar el conejo del almuerzo. El tamaño de la hoja y su filo —incluso el templado del acero— habla de su utilidad a un fin. No es lo mismo un cuchillo campero que una navaja matancera. De igual forma, la labra de las cachas permite visualizar otros códigos de valor y de artesanía. Se incorpora la madera o el hueso, incluso las astas de un toro o de un venado.

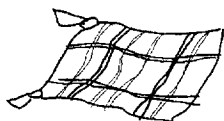
## 2. Hoces



La hoz, con su forma curva, idealiza los viejos utensilios del Paleolítico, labrados en sílex o en pedernales y ajustados a la forma de la laja tallada. Esa

permanencia formal se superpone a la economía del esfuerzo y al movimiento del brazo, avanzando y luego retrocediendo, para cortar el tallo tierno de la mies. El icono del trabajo agrario, unido al emblema del trabajo industrial —el martillo— han soportado la identidad visual de los trabajadores agrupados en el movimiento comunista. Hoy, como en un letargo, las hoces han desaparecido del campo desplazadas por moderna maquinaria recolectora con aire acondicionado.

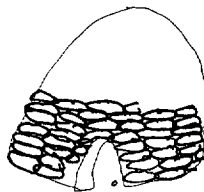
## 3. Pañuelo de hierbas



Norbert Elias fija la aparición del pañuelo en el siglo XVII. Tal aparición es coetánea con la utilización del tenedor en las mesas y de los camisonnes en las camas. Los tres utensilios

tienen como finalidad alejar la realidad del cuerpo. El pañuelo de hierbas es la visión campesina y trabajadora de un trozo de tela destinada a quitarse el moco, limpiar el sudor y protegerse la cabeza del sol excesivo, mediante el anudado de sus puntas. La única duda, no despejada, es el trazado de su urdimbre de algodón sin refinar, componiendo calles azules entre cuadrados blancos.

## 4. Bombo



El bombo como agregación amontonada de piedras sobrantes, que se retiran de la viña o del labrantío para favorecer los diferentes trabajos, es primero un paisaje que jalona rítmicamente el llano. Luego se descubre la

posibilidad de conquistar el hueco interior que el amontonamiento sucesivo permite. Ese hueco recrecido y ya con una disposición estudiada permite su utilización interna como cobijo del gañán o como guarda de los utensilios de labor. Se le llega a dotar de puerta de acceso y de chimenea, convirtiéndose en un recinto conquistado a la naturaleza que acredita un dominio y una aplicación.

## 5. Quintería

El Diccionario de la Real Academia Española (DRAE) justifica la presencia de la quintería como casa de campo o cortijo de labor en donde labora y labra el quintero, que es un jornalero que ara y cultiva la tierra. Puede decirse que la quintería es la edificación mínima que acompaña a un pegujal manchego. Sobre ella han escrito Fisac y García Pavón, vinculando su existencia a ciertas formas de cultivo y a ciertas modalidades de tenencia de tierras. Su economía espacial es un anticipo del *existenzminimum* y un preludio de su parquedad formal. Hoy, cuando los medios de locomoción han reducido las distancias y cuando la tecnología agrícola ha permitido suprimir muchas tareas esforzadas, la presencia de la quintería en el paisaje pausero de los llanos manchegos es sólo un pretexto para una ilustración o un motivo para iluminar el cuadro de un pintor costumbrista.

## 6. Abarca

Cuando se mira este artilugio prehistórico con forma de sandalia protegida por un trapo, uno no sabe a qué viene tal disposición elemental de tiras de cuero y piso de goma disponible —luego se usaría la cubierta del camión—. Si sirve para el frío y la humedad o si favorece la transpiración en verano. Ciertamente la abarca es un calzado universal y *unisex*, pese a su escasa cualificación formal o quizás por ello. Igual se calza en verano para la siega que en invierno para la aceituna, igual lo usa la vendimiadora que el pastor. Hoy la función universal del calzado la posee el deportivo de marca falsa, comprado en el mercadillo y fabricado en Elda.

## 7. Trillo

La separación del grano y la paja se realizaba sobre un empedrado dispuesto en un enclave oreado para favorecer la posterior tarea del aventado. Una plataforma de tablones curvados en su frontal —para favorecer el avance en el empiedro— con un piso cuajado de lajas de pedernal, se deslizaba sobre el lecho de mies previamente tendida. La trillera unía la caballería de arrastre con el tablado en el que una mano experta guiaba al mulo o al penco. El calor del laboreo se unía al bulli-

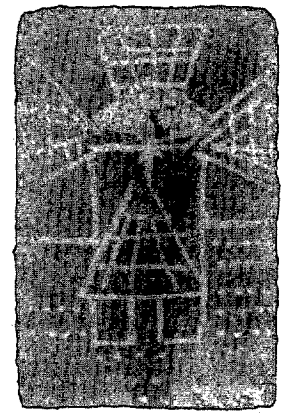
cio de la chiquillería embarcada en un viaje fantástico a ninguna parte, como prueba de las pautas vitales de los ciclos agrarios. Ahora la producción agraria no precisa de tales acompañamientos musicales. Recolección, siembra y clasificación son tareas productivas de una cadencia superior y ya no tienen el eco de risas infantiles y el impacto del casco del mulo sobre la pedriza dormida.

## 8. Casas colgadas de Cuenca

Las Casas Colgadas son un paisaje modelado como si se tratara de una construcción o de un roquedal evolucionado. Compone tal disposición una muestra más del mimetismo natural con que se usa un espacio y se convierte en alojamiento. Hoy, tras las reedificaciones de 1928 y de 1961, el conjunto de las antiguas Casas del Rey componen un icono de la ciudad de Cuenca, visible en sellos, carteles de turismo y otras utilerías del recuerdo envasado; icono que se cierra en la visión de un balcón sobre el río Huécar. Como si la permanencia formal del continente fuera el reverso de su contenido altamente anticostumbrista.

## 9. Resolí

El envasado de aguardiente con canela, azúcar y otros ingredientes olorosos que se embotella en Cuenca ha adoptado como botella un emblema gozoso de la ciudad: unas Casas Colgadas apócrifas. Y es que toda botella es una torre en potencia, que si se cualifica formalmente permite beber ginebra en una envase de la Torre de Londres y grappa en otro con la forma de la Torre de Pisa. De hecho ya ocurre que podemos tomar aguardiente de Cazalla en una botella que representa una réplica a escala de la Torre del Oro de Sevilla. Cuenca no podía ser menos, y ese envase reúne en un solo objeto un mejunje bebible y una tarjeta postal de la ciudad como muestra de que el propietario de la botella estuvo allí y al beber rememora su estancia. □



Rafael G. Calero